

Aviso Legal

Artículo de divulgación

- Título de la obra: José Martí y Porfirio Díaz 1894
- Autor: Herrera Franyutti, Alfonso
- Forma sugerida de citar: Herrera, A. (1991). José Martí y Porfirio Díaz 1894. *Cuadernos Americanos*, 3(27), 208-221.
- Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*
- Datos de la revista:
- ISSN: 0185-156X
- Nueva Época, Año V, Núm. 27, (mayo-junio de 1991).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

JOSÉ MARTÍ Y PORFIRIO DÍAZ 1894

Por *Alfonso* HERRERA FRANYUTTI
MÉDICO MEXICANO

EL HALLAZGO de cualquier documento histórico siempre reviste singular importancia. Pero el encuentro de estas cartas de Martí a Porfirio Díaz, escritas hace 97 años, adquiere singular importancia por el momento en que se encuentran, por la actualidad que revisten, por el valor de su advertencia actual, y se unen como un preámbulo a la carta testamento escrita diez meses después a Manuel Mercado desde el campamento de Dos Ríos, en que reclamaba la ayuda fraterna de México, solicitud que llega hasta los días actuales y en especial a México, que no debe fallar a quien se despidiera de nuestra patria en 1876 expresando estos bellos pensamientos:

¡Ah México querido! ¡A México adorado, ve los peligros que te cercan!
¡Oye el clamor de un hijo tuyo, que no nació de tí! Por el Norte un vecino avieso se cuaja: por el Sur & & tú te ordenarás; tú entenderás; tú te guiarás; yo habré muerto, oh México, por defenderte y amarte, pero si tus manos flaqueasen, y no fueras digno de tu deber continental, yo lloraría, debajo de la tierra, con lágrimas que serían luego vetas de hierro para lanzas, como un hijo clavado a su ataúd, que ve que un gusano le come a su madre las entrañas.

Es sabido por quienes se interesan en la obra del prócer de la libertad de Cuba que México desempeñó un papel importante en la vida de José Martí, al grado que Juan Marinello proclamó que "sin México y los mexicanos no se hubiera logrado la estampa cabal del que llamó Gabriela Mistral el hombre más puro de la raza".¹

¹ Juan Marinello, "Martí en México", *Bohemia* (La Habana), 22 de marzo de 1968, p. 6.

Martí estuvo en México en tres ocasiones. La primera, en su pujante juventud, a los 22 años, de 1875 a 1876. En aquella ocasión venía de Europa a reunirse con su familia después de su exilio en España y nos legó los inicios de su importante labor periodística y literaria. La segunda, en 1877, fue un viaje romántico por excelencia; esta vez venía de Guatemala para contraer matrimonio, y arribó y salió por el puerto de Acapulco. La tercera, en 1894, venía del Norte en viaje de carácter netamente político.

En 1894 la actividad político-revolucionaria de Martí era intensa, pues se encontraba haciendo los preparativos para la "guerra necesaria". Luchaba sin descanso y viajaba de un lado a otro uniendo voluntades y colectando fondos para la causa ante la que nada lo detenía.

En mayo de aquel año, con la mirada puesta en México, le escribe a Rodolfo Menéndez de la Peña, su compatriota radicado en Mérida, Yucatán, para solicitarle

su ayuda inmediata y entusiasta, en la hora de necesidad para nuestro país. . . le pido que congrege a cuantos colaboradores —cubanos y mexicanos— pueda hallar ahí donde Ud. reside, y donde Cuba siempre es amada, para. . . dar impulso bastante a la guerra de independencia de Cuba que confirmará la independencia de México sorda y continuamente amenazada.²

Y es que Martí veía con toda claridad que

En el fiel de América están las Antillas, que serían, si esclavas, mero póntón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder —mero fortín de la Roma americana—; y si libres y dignas de serlo. . . serían en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada. . .³

Por ello le manifestaba a Menéndez:

La posesión de Cuba, Menéndez, cambiaría al mundo. Démosla a los nuestros. Seamos libres y hábiles en la forma, pero con toda el alma para los nuestros. . . A menos que el mundo entero no sea traición, salimos a camino.⁴

² José Martí, *o.c.*, t. 3, pp. 171-2.

³ José Martí, *o.c.*, t. 3, p. 142.

⁴ *Ibid.*, p. 173.

El 5 de julio se encontraba en Nueva York, a donde había regresado de un viaje relámpago a Centroamérica para entrevistarse con Antonio Maceo y Flor Crombet en Costa Rica, continuando por Panamá y Jamaica.

El 13 de julio solicitaba del Tesorero del Partido Revolucionario Cubano, Benjamín J. Guerra, "La suma de \$ 300.00 para pasajes de ida y vuelta a México y Veracruz por ferrocarril, y gastos de viaje".⁵

Y de inmediato está en marcha nuevamente, esta vez hacia México, al que tanto quiere y del que tanto espera. El 15 de julio escribe, desde Nueva Orleans, a Máximo Gómez, para anunciarle su decisión de ir a México: "para ver de echarle algo más al tesoro . . . , empleo estos días en ir en persona a ver qué más traigo, y qué dejo abierto para cuando hayamos empezado en Cuba."⁶

Pero, ¿fue un viaje improvisado? ¿No hubo preparativos o intermediación previa? Recientemente sabemos, por el libro de Harry Berstein, *Matías Romero 1837-1898*, que precisamente por aquellos días Romero venía discutiendo la causa de Cuba por intercambio epistolar con Pedro Santacilia, yerno de Juárez, "especialmente las posibilidades de una Cuba Libre, frente a los Estados Unidos", y que, el 7 de julio de ese año, Romero recibió una carta de Gonzalo de Quesada y de Horacio S. Rubens, aceptando su ofrecimiento de reunirse el lunes 9 de julio con el fin de ". . . consumir las medidas que hemos tomado y conocer por sus propias palabras el estado actual del caso, para que podamos cooperar con ustedes".⁷

El 16 de julio Romero recibe otra carta de Horacio Rubens, en la que le solicita su opinión "sobre la conveniencia de apremiar al Departamento de Estado para que conteste nuestra comunicación y mover a la prensa en pro de los refugiados . . .".⁸ Para esta fecha, ya Martí se encontraba en San Antonio, Texas.⁹ De ahí partió hacia la ciudad de México, a donde llegó a la media noche del 18, alojándose en la habitación núm. 51 del Hotel Iturbide. Habían transcurrido 19 años de su primer viaje a México, al que aban-

⁵ Enrique Moreno Plá, "Sobre el último viaje de Martí a México", en *Patria* (La Habana), 39 (1973), pp. 5-6. También en Paul Estrade, "Cien cartas del delegado al tesorero del Partido Revolucionario Cubano", *Anuario Martiano*, 5 (1974), p. 153.

⁶ José Martí, o.c., t. 3, p. 231.

⁷ Henry Berstein, *Matías Romero 1837-1898*, México, FCE, 1982, p. 323.

⁸ *Ibid.*

⁹ Desde San Antonio, fecha una carta a Francisco Gómez Toro.

donó, entre otras causas, por la asonada porfirista que derrocó al gobierno de Lerdo de Tejada, con quien Martí estaba plenamente identificado.

Mas no es motivo de este trabajo recordar todas las fases de la estancia de Martí en México durante este viaje, sino esclarecer algunos puntos que se encontraban confusos o sin comprobación histórica.

No obstante, recordaremos que respecto de su primer día en la ciudad Martí le refirió a Luis G. Urbina:

La mañana en que yo amanecí en este México nuestro, no bien salí del hotel, fuíme a sentar a una banca del Zócalo. ¿A que no sabes a qué? Pues a respirar aire de libertad a plenos pulmones.¹⁰

Y Urbina se sorprende de aquellas palabras expresadas en plena dictadura.

Pero en diecinueve años todo había cambiado. Porfirio Díaz se encontraba a la mitad de su tercera reelección (1892-1896). México se transformaba, gozaba de la "paz porfiriana", progresaba y se afrancesaba; se construían vías ferroviarias, líneas telegráficas, hospitales, la economía mejoraba, las luchas habían cesado, se construían palacetes de dudoso gusto artístico, una nueva burguesía se formaba al amparo del nuevo orden, nacía una nueva aristocracia conservadora. El liberalismo se diluía lentamente, el clero trabajaba en las sombras y cobraba nuevas fuerzas.

La vida se deslizaba con cierta tranquilidad; Tecoaac* había sido olvidado. Lerdo falleció en el exilio y su cadáver fue traído a México y sepultado con grandes honores. La oposición no existía, y todos los amigos de Martí habían sido asimilados por el régimen; así sucedió con Mercado, Peza, Justo Sierra, Villada, y no podía ser de otra manera: la vida seguía su curso normal.

El propio Porfirio Díaz se había transformado. "Ya no era el mismo que yo conocí de vista, desaliñado, con aspecto de guerrero, de soldado veterano y peleador (escribía Federico Gamboa en diciembre de 1893). Éste es un caballero correctísimo, a la inglesa,

¹⁰ Núñez y Domínguez, *Martí en México*, México, 1933, p. 232.

* Tecoaac. Célebre batalla en las lomas de Tecoaac, Tlaxcala, en que Díaz derrotó al general Alatorre, quien comandaba las fuerzas del gobierno, provocando la caída de Lerdo de Tejada.

en pergeño y modales, muy afeitado, muy serio, irreprochable”.¹¹ Pero a la vez critica y señala: “¡Con qué conformidad incuriosa, y para mí exasperante, tolera México la invasión yanqui! Rótulos comerciales, hábitos, etc. vñanse infiltrando e infiltrado en nuestro organismo nacional. . .!”¹²

Pero también Martí ha cambiado. Su voz trae nuevas tonalidades, ya no es el joven romántico y soñador lleno de un nacionalismo libertario y de la fiebre del liberalismo mexicano que había partido diecisiete años antes hacia Guatemala. Su horizonte se ha ensanchado, su pensamiento ha evolucionado, su larga, amarga y dolorosa experiencia lo ha hecho evolucionar, no es un teórico de libros, sus nuevas ideas son vivenciales y recogen la experiencia de sus visitas a México, Guatemala, Honduras, Cuba, naciones de las que salió nuevamente expulsado. Los Estados Unidos, Venezuela, de la que regresó a radicar definitivamente en los Estados Unidos en 1881, son sus universidades. México, Cuba y Centroamérica le dieron la clara dimensión de la América española, a la que llamó con fervor “Nuestra América”, para diferenciarla de la otra, la del Norte. Ésta le dará la nueva medida de las diferencias entre las dos Américas, por su deshumanización, sus ambiciones y su rapiña. Y si por un lado defiende y enaltece a los pueblos y hombres que se encuentran al sur del río Bravo hasta la Patagonia, por el otro, él, que vive en las “entrañas del monstruo”, que ha pulsado la evolución de aquel país frío y deshumanizado, que ha evolucionado, como señala Retamar, “del capitalismo premonopolista, al capitalismo monopolista que le llevará inexorablemente a arrojarse sobre el mundo; en primer lugar, sobre la América Latina y el Caribe”,¹³ alcanzará así su clara voz antiimperialista, que ha sido una constante palabra de advertencia y defensa a nuestros pueblos. Con esa voz llega a México.

Luis G. Urbina, citado por Núñez y Domínguez, refiere que: “El viaje de Martí a México encerraba —pronto se supo— un secreto a voces: ver al general Díaz, tratar con él de la obsesión sublime y pedir su ayuda para tamaña empresa”.¹⁴

Esta idea no era nueva. Recordemos que en octubre de 1884,

¹¹ Federico Gamboa, *Mi Diario*, Primera Serie, Guadalajara, Imprenta de la Gaceta de Guadalajara, 1907, p. 189.

¹² *Ibid.*

¹³ Roberto Fernández Retamar, *Introducción a José Martí*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 1978, p. 18.

¹⁴ Núñez y Domínguez, *op. cit.* p. 180.

de acuerdo con Máximo Gómez, Martí y Maceo deberían viajar a México para conseguir fondos destinados a un próximo levantamiento. Ya se había fijado la fecha, cuando sobrevino la ruptura entre Martí y Gómez, del que se separó diciéndole: "Un pueblo no se funda, General, como se manda un campamento".¹⁵ Y en emotiva carta a Mercado, el 13 de noviembre de dicho año, le refería:

... y a punto ¡quién nos lo hubiera dicho! de ir por quince días a México. Grandes empeños me llevaban... y yo veía la hora memorable y dolorosa de ir a implorar, con lágrimas y con razones, el cariño y la ayuda de todos los pueblos, pobres y generosos, de nuestra América... ¿Por dónde había de empezar sino por México? Acordamos planes y fecha: señalé el 20 de octubre para partir... [cuando se produjo el rompimiento con Gómez]. Y no he ido a México, ni voy a ninguna parte...¹⁶

Entonces Gómez, ante la ausencia de Martí, envió sólo a Antonio Maceo. El 13 de noviembre llegó a Veracruz, donde celebró algunas entrevistas con el general cubano Ángel Mestre, quien preparaba una expedición. El 17 de noviembre, bajo nombre supuesto, llegó a la ciudad de México. Dos veces solicitó por escrito audiencia con Porfirio Díaz, para presentarle personalmente las demandas de los patriotas cubanos, sin recibir contestación.¹⁷ Sin embargo, refiere José L. Franco que Maceo recibió carta a nombre de Porfirio Díaz por parte de su esposa doña Carmen Romero Rubio, quien, rompiendo el protocolo, ofrecíale que sería recibido en Chapultepec o en el Palacio Nacional¹⁸ sin que la reunión se llegara a concretar, por lo que Maceo retornó a Veracruz.

Diez años después, Martí se encontraba en posibilidades de realizar aquel proyecto. Y continúa la tradición oral.

Carlos Díaz Dufóo sostiene que la entrevista se realizó, y que fue Ramón Prida quien lo llevó a saludar al general Díaz.¹⁹ Pero

¹⁵ José Martí, *o.c.*, t. 1, p. 177.

¹⁶ José Martí, *o.c.*, t. 20, pp. 74-76.

¹⁷ José Luciano Franco, "La ruta de Antonio Maceo en el Caribe y América Central", *Revista de la Biblioteca Nacional*, 2 (1974), p. 56. El viaje tenía entre otros objetivos, preparar la expedición de Ángel Mestre hacia Cuba. Sería acaso ésta la polémica expedición a la que se refiere Gonzalo de Quesada en *Patria* del 9 de julio de 1892: "No hemos de decir ahora que en México organizó una brillante expedición que fracasó por causas tristes de recordar".

¹⁸ José Luciano Franco, *Antonio Maceo. Apuntes para una historia de su vida*, La Habana, 1975, t. 1, p. 275.

¹⁹ Núñez y Domínguez, *op. cit.*, p. 180.

Ramón Prida refirió a Heliodoro Valle “que su suegro, don Pedro Santacilia, invitó a Martí a comer en su casa de campo que tenía en la calzada de San Cosme, y que ahí se decidió la entrevista con Díaz, y que tiene entendido que “quien llevó a Martí ante el Presidente fue don Manuel Dublán, secretario de Hacienda, de quien Santacilia era secretario”.²⁰

Federico Gamboa, el diplomático novelista autor de *Santa*, aseveró a Núñez y Domínguez que Martí se entrevistó con Díaz, y que quien lo acompañó en esa entrevista fue el Lic. Mercado. . .²¹

En este punto estaban las cosas, como relatos vagos sin documento alguno que apoyara esas aseveraciones, de modo tal que quedaba la impresión de que Martí había sido llevado graciosamente ante el Presidente. Estas inquietudes perduraron durante mucho tiempo en quienes se dedican a profundizar en la vida del prócer. Pero si la entrevista se realizó, algo habría de quedar en los archivos; era necesario encontrar alguna prueba.

Débase al profundo interés que puso en esto el Sr. Embajador de Cuba en México, José Fernández de Cossío, el Consejero Cultural de la embajada de Cuba, Miguel Cossío y su esposa, Riselda Bernardo, compañera en esta búsqueda, para que volviéramos a entrar en la veta martiana. Para ello, sólo había dos lugares que podrían aportar algún dato: el “Archivo Porfirio Díaz”, que se encuentra en la Universidad Iberoamericana, y el de Rafael Chousal, quien fue durante muchos años secretario del general Díaz, y que se encuentra en el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM.

Sin muchas esperanzas, aspirando a encontrar sólo algún apunte que diera cuenta y nos confirmara la audiencia a José Martí, considerando además su corta estancia en México —del 18 de julio a la primera decena de agosto— la búsqueda fue relativamente fácil, gracias a la colaboración prestada por el personal del “Archivo Porfirio Díaz”. Ahí, en aquellas cajas que guardan los legajos, la caja 19 y en especial la caja 21, nos esperaba una grata sorpresa. Lejos de encontrar sólo una nota que indicara y conformara la audiencia, aparecieron dos conmovedoras cartas del apóstol solicitando la entrevista.

La primera de ellas, fechada el 23 de julio de 1894, con una

²⁰ Heliodoro Valle, “Mexicanos que conocieron a Martí”, *Revista Cubana* (La Habana), 29 (1951-1952), pp. 505-506.

²¹ Núñez y Domínguez, *op. cit.*, p. 180.

indicación de que había sido recibida en la presidencia el día 25, es de gran interés histórico. En ella Martí no solicita escuetamente ser recibido, sino que expone el interés de esa entrevista no sólo para la causa de Cuba, sino en beneficio de los pueblos de América. Martí no sólo viene a pedir, sino a aportar sus conocimientos y temores ante “el General Díaz”, a quien considera “aparece ante los americanos pensadores, como un hombre igualmente capaz de servir a su patria con el valor heroico y con el silencio de la prudencia. . .”, y le manifiesta:

Señor:

Un cubano prudente, investido hoy con la representación de sus conciudadanos, —que ha probado sin alarde, y en horas críticas, su amor vigilante a México—, y que no ve en la independencia de Cuba la simple emancipación política de la isla, sino la salvación, y nada menos, de la seguridad e independencia de todos los pueblos hispanoamericanos, y en especial los de la parte norte del continente, ha venido a México confiado en la sagacidad profunda y constructiva del General Díaz, y en su propia y absoluta discreción, a explicar en persona al pensador americano que hoy preside a México la significación y el alcance de la revolución sagrada de independencia . . . Los cubanos no la hacen para Cuba sólo, sino para la América; y el que los representa hoy viene hablar, en nombre de la república naciente. . .

Al pie de la carta, con letra del secretario que con fina percepción había captado el mensaje, se resume:

Desea le conceda una conversación para tratar de los asuntos políticos de Cuba de cuyo buen éxito dependerá el bienestar de las Repúblicas hispano-americanas.

Y se señala como fecha para recibirlo “jueves a las 6 y media de la tarde en Chapultepec”.²²

Pero cuando llega la aceptación, Martí, confiado en que ésta tardaría, había partido a Veracruz. La noche del 25 de julio se encuentra en el puerto, donde se reúne con los cubanos ahí residentes, en la casa del Dr. Manuel J. Cabrera, en el claustro del ex convento de la Merced, que éste había comprado después de dictarse las Leyes de Reforma y subastarse los bienes del clero. Ahí tenía su asiento el Club Máximo Gómez, al que pertenecían José

²² Archivo Porfirio Díaz, Universidad Iberoamericana, Leg. 19, caja 21, f. 10440.

Miguel Macías, quien fungía como presidente, además del Dr. Cabrera, el Dr. Juan Francisco del Río, Vicente Barrios, José Pérez Pascual, español que los ayudaba en sus publicaciones, y otros.²³

Sin pérdida de tiempo, Martí retornó a México, para encontrarse con que la fecha de la cita había pasado. Sin desmayar vuelve a escribir a Díaz.

En la segunda carta, sin fecha (foliada con el núm. 10460, que debe corresponder probablemente al día 27 de julio), se disculpaba por no haber podido concurrir a la cita, pues "con la esperanza de que no fuera aún señalada la visita pedida" el viaje a Veracruz "era de naturaleza pública e imposible de desobedecer", por lo que le manifiesta:

Yo merezco, Señor Presidente, el singular favor de que excusando mi involuntaria culpa, me honre de nuevo con la cita que aguardo ansioso, y en la que será fácil al Señor Presidente conocer que no tiene ante sí un hombre ligero ni ingrato, sino a quien sabe estimar en toda su alteza, el favor que recibe.

Al final de la carta aparece la anotación "Miércoles",²⁴ por lo que la entrevista debe haberse realizado el primero de agosto.

¿De qué hablaron? Desafortunadamente no se conoce nada de aquel encuentro. La búsqueda en el archivo de Rafael Chousal no aportó ningún dato, pero el programa estaba escrito en su primera carta. Díaz pudo escuchar en la voz emotiva y convincente del cubano sus temores y advertencias respecto de

... impedir que la isla corrompida en manos de la nación de que México se tuvo también que separar, caiga, para desventura suya y peligro grande de los pueblos de origen español en América, bajo un dominio funesto a los pueblos americanos. El ingreso de Cuba en una república opuesta y hostil, fin fatal si se demora la independencia hoy posible y oportuna, sería la amenaza, si no la pérdida, de la independencia de las repúblicas hispano-americanas de la que es guardián y parte por el peligro común, por los intereses, y por la misma naturaleza.²⁵

²³ Véase Alfonso Herrera F., "Martí en México, recuerdos de una época" (1969), pp. 123-125 y "Martí en Veracruz", *Anuario Martiano* (La Habana), 4 (1972), pp. 349-353.

²⁴ Archivo Porfirio Díaz, Leg. 19, caja 21, f. 10460.

²⁵ Primera carta, n. 22.

Nuevamente tenemos que atenernos a la tradición oral. Se dice que la entrevista fue larga y positiva; Martí había sido grato al presidente. Ramón Prida, quizá el mejor informado, refirió:

Díaz lo oyó con positivo interés y Martí salió complacido de aquel encuentro. Pero Díaz le declaró con toda franqueza que no era posible para el gobierno de México conceder la beligerancia a Cuba; pero que siendo el General, un simpatizador de la Revolución, ya que el Gobierno no podía, en lo particular, como Porfirio Díaz, le daba alguna ayuda pecuniaria y ésta consistió en \$ 20,000.²⁶

Con esta actitud se destaca la diferencia de Porfirio Díaz con Juárez, quien en 1869 reconoció el derecho a la beligerancia de la isla, en los momentos en que los hombres del Partido Liberal luchaban por la independencia y libertad del hombre, y el Congreso aprobó el decreto, decisión que convirtió a México en la primera nación que reconocía la independencia de Cuba.

El 2 de agosto Martí actuó como testigo en el registro por lo civil de Margarita, la última hija de Gutiérrez Nájera. “Firman el acta —reza el documento— como testigos, Manuel Mercado y José Martí de La Habana, isla de Cuba, España, de 41 años, casado, abogado, vive en Nueva York y transitoriamente en esta Capital con habitación en la calle de San Ildefonso 7 [Residencia de la familia Mercado, donde se alojó a su regreso de Veracruz]”.²⁷

A los pocos días Martí partió nuevamente por ferrocarril hacia el Norte, a “ese Norte revuelto y brutal que nos desprecia”,²⁸ pero con la satisfacción de haber alcanzado su objetivo.

El 15 de agosto se encuentra de regreso en Nueva York, según queda constancia en los archivos de la tesorería del Partido Revolucionario Cubano:

Sr. Tesorero:

Ruego a Vd. se sirva remitir a la Delegación, y anotar con cargos expresos, las sumas siguientes, de fondos de guerra:

\$100.00. Pago por anticipo en México por viaje de retorno (\$72.00), Pullman (\$18.50) y gastos de camino (\$8.50).

El Delegado
José Martí²⁹

²⁶ Heliodoro Valle, *op. cit.*, p. 506.

²⁷ Margarita Gutiérrez Nájera, *Reflejo. Biografía anecdótica de Gutiérrez Nájera*, México, INBA, 1960, p. 154.

²⁸ José Martí, *o.c.*, t. 20, p. 161.

²⁹ Paul Estrade, *Anuario Martiano*, núm. 5, p. 153.

El 8 de septiembre, en carta a Máximo Gómez, le refería la esencia de su viaje a México, que era

... ver de suplir, como queda hecho, con los pocos cubanos de México lo que de otra parte pudiera faltar de lo calculado . . . , a la vez que desalojar de sus fuertes posiciones en la República a los españoles, muy metidos hoy —y de señores— en los negocios y familias dominantes, y . . . abrir camino —con quien debía y lo pude— para un doble objeto . . . : de acudir a la hora desesperada por cualquier retazo que nos pudiese faltar, y que, por la independencia mostrada, y el pensamiento de política antiyanqui que, sin exceso, dejo influyendo grandemente en México y Centro-Américo . . .³⁰

Luego Martí partió al cumplimiento de su magna obra por tanto tiempo soñada. Ya en la manigua cubana, veinticuatro horas antes de su muerte, desde el campamento de Dos Ríos, Martí vuelve sus ojos a México y a Mercado, a quien confiesa:

ya estoy todos los días en peligro de dar la vida por mi país y por mi deber . . . de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser . . .³¹

Y luego interroga sobre la actitud del país que tanto quiere y defiende:

Y México, ¿no hallará modo sagaz, efectivo e inmediato, de auxiliar, a tiempo, a quien lo defiende? Sí lo hallará —o yo se lo hallaré—. Esto es muerte o vida, y no cabe errar.³²

Muerto el apóstol, y ya en plena guerra libertadora, las ilusiones que Martí tenía con respecto a México se albergaron en algunos de sus colaboradores, en especial Gonzalo de Quesada, que en abril de 1896 se comunicó con Estrada Palma exponiéndole la posibilidad de influir sobre Porfirio Díaz para que adoptase resoluciones favorables a la causa cubana. Luego, refiere Emeterio Santovenia, “De acuerdo con los deseos de Quesada, Estrada Palma determinó tocar las fibras que consideraba sensibles en Porfirio Díaz. El Dele-

³⁰ José Martí, *o.c.*, t. 3, p. 249.

³¹ José Martí, *o.c.*, t. 20, p. 161.

³² *Ibid.*, p. 162.

gado escribió a Díaz una carta que pudo ser conmovedora, en que exponía puntos de vista esencialmente americanos. “Ya con la carta de Estrada Palma a Díaz, partió Quesada a México, de incógnito, llegando a la capital de la República el 4 de mayo de 1896, y se alojó en el hotel Iturbide, donde se había alojado dos años antes su maestro, registrándose bajo de nombre de Gustavo Quintana. De inmediato, invocando a Martí, solicitó audiencia con el presidente, y recibió la contestación de que “el viernes 8 de mayo sería recibido”, sin que esto aconteciera, por lo que se concretó a enviar al Presidente la epístola de Estrada Palma. A los pocos días fue citado a la Presidencia, donde fue recibido por el Secretario particular, quien le informó “que el General había leído las letras cubanas, que sobre ellas necesitaba meditar y que por mano segura remitiría a Estrada Palma la respuesta a su nota que agradecía de todo corazón”.³³

La misión de Quesada, tan amorosamente concebida, había fracasado, pero el discípulo predilecto de Martí no se rendía, y desde Washington seguía luchando por la causa y los ideales del maestro.

Pero quizá las gestiones de Quesada no fueron tan infructuosas, pues ya en el mes de junio de 1896, Ignacio Mariscal, Ministro de Relaciones Exteriores de México, intercambiaba correspondencia con Matías Romero, Ministro de México en Washington sobre la cuestión cubana. El primero de junio, Mariscal contestaba una a Romero sobre una conferencia que éste había tenido al respecto el 21 de mayo con el Secretario de Estado norteamericano Olney. Y le indicaba comunicarle

... que los funestos resultados de la prolongación de la guerra en dicha isla no podrán menos que afectar los intereses comerciales y las relaciones de buena vecindad de esta República; que el gobierno mexicano deseando vivamente el restablecimiento de la paz y el orden público en Cuba, se considera, por lo dicho, con título bastante justificado para contribuir al logro de estos importantes fines...³⁴

En agosto de 1897, Quesada visita a Matías Romero, a quien le manifiesta estar convencido “de que la continuación de la lucha en Cuba dará por resultado la anexión de la isla a los Estados Uni-

³³ Emeterio Santovenia, *Armonías y Conflictos en torno a Cuba México*, FCE, 1956, pp. 230-232.

³⁴ *México y Cuba, dos pueblos unidos en la historia*, México, Centro de Investigaciones Científicas Jorge L. Tamayo, 1982, t. 1, p. 305.

dos, solución que los cubanos desean evitar a todo trance''. Y le manifiesta su intención de venir a México, por lo que Romero envía el siguiente mensaje, originalmente cifrado:

Gonzalo de Quesada llamado encargado de negocios República de Cuba, dícame va a México a recoger suscripciones y desea hablar con el presidente para proponerle preste sus buenos oficios para conseguir que España dé su independencia a Cuba, evitando así pase al de los Estados Unidos, o celebre un arreglo con insurrectos satisfactorio para todos, y desea saber si será recibido.³⁵

En efecto, en octubre de 1897 Quesada y Benjamín Guerra realizaron una exitosa gira por Veracruz y allí, como un gesto de solidaridad con la causa de Cuba, un grupo de mujeres de Alvarado bordó una bandera cubana que se izó en el Ayuntamiento durante su estancia, como demostración de simpatía a la causa mambisa.³⁶

El 25 de marzo de 1898, ante las viriles insistencias de Gonzalo de Quesada, Romero enviaba otro telegrama a México, en que parece notarse, por el tono, cierta familiaridad entre ambos, así como que sus opiniones eran tomadas en cuenta:

Díceme Quesada está seguro que Estados Unidos ejercerán intervención en Cuba, de que resultará pérdida para España de Cuba y Puerto Rico y su anexión a Estados Unidos; y cree que sería oportuno mediación de México para evitar guerra, en el sentido de recomendar a España reconocimiento de la independencia. . . Otros informes hácenme creer que se piensa en la intervención activa.³⁷

Los temores de Martí se cumplían, pero sus ideales no habían muerto, seguían vivos y luchando a través de su discípulo. Sin embargo, el 30 de marzo, la respuesta de Ignacio Mariscal, portavoz de Díaz, era tajante: contestaba a Romero que Quesada ''le hace creer'' esos informes, y que

. . . la mediación de México en el sentido de recomendar a España el reconocimiento de la independencia de Cuba sería contraproducente, pues tal proposición se consideraría injuriosa y no daría otro resultado que causar mayor irritación en el ánimo del gobierno y del pueblo español. Sin embargo, en caso de que México encontrare un medio pru-

³⁵ *Ibid.*, pp. 307-308.

³⁶ *Ibid.*, p. 285.

³⁷ *Ibid.*, p. 308.

dente de interponer sus buenos oficios para evitar la guerra, lo pondrá en ejecución con la mejor voluntad.³⁸

Las ilusiones de Quesada morían lentamente, los años transcurrieron sin que el gobierno de Díaz tomase una acción efectiva en pro de la libertad del pueblo de Cuba. Político frío y cerebral, Díaz no quería complicaciones con otras potencias, y menos con España, con la que mantenía relaciones estrechas y fraternas consideraciones, en tanto los españoles de México, los capitalistas ibéricos, se dedicaban al incremento de la riqueza nacional, y quizá temía molestar también a los intereses norteamericanos que aguardaban su hora para caer, y cayeron sobre la isla.

No fue sino hasta el año 1902, cuando los Estados Unidos dieron por terminada la ocupación de Cuba, que el gobierno de Díaz reconoció a esta República, intercambiando representantes. Por México se designó a Gilberto Crespo y Martínez, quien desde 1900 ocupando el puesto de cónsul en La Habana y preparando el reconocimiento de la independencia de Cuba. Cuando ésta se produce, Crespo y Martínez es elevado a Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario ante la nueva República, en tanto que Cuba designa a Carlos García Vetus como su representante en México.³⁹

³⁸ *Ibid.*, pp. 308-309.

³⁹ *Diccionario Porrúa de Historia Biografía y Geografía de México.*